

Luis Alberto Gomez de Souza es un sociólogo brasileño que trabaja en el Centro Joao XXIII de Rio de Janeiro, en la parte de investigación social. Laico y católico convencido, participó en Puebla desde "afuera" pero como invitado y como consultor de algunos de los Obispos de su país presentes en la Asamblea. En este carácter contribuyó, junto con los otros científicos sociales y teólogos, con estudios y aportes que influyeron en el Documento final, especialmente en la parte I y en la parte IV.

Sobre el tema de "Puebla" ha publicado varios artículos, entre ellos "Documento de Puebla: diagnóstico a partir dos pobres" (Revista Eclesiástica Brasileira, marzo de 1979), "Puebla: expressao de una práctica pastoral latino-americana" (Sintese, abril 1979) y "Puebla y las prácticas populares en América Latina". De este último artículo publicamos hoy la parte en la que analiza sociológicamente la visita del Papa a México y su presencia en Puebla. Por encima y por debajo de la anécdota, el autor nos hace percibir la responsabilidad de los cristianos desde las posibilidades del poder de convocatoria y autorreconocimiento para que el pueblo latinoamericano tiene el catolicismo.

EL PAPA EN MEXICO

LUIS ALBERTO GOMEZ DE SOUZA

UN PODER DESCONOCIDO

Durante muchos años los científicos sociales con tradición académica americana barajaron categorías de análisis que parecían indicar la evolución continua y lineal de un proceso histórico de modernización y secularización, en el cual las pautas de racionalidad irían apartando poco a poco el mito y lo sagrado. Para buena parte de ellos el desarrollo capitalista -aún cuando evitasen emplear ese término prefiriendo hablar de sociedad moderna, es a él que se referían- introduciría nuevos valores y encaminaríase tendencialmente a sistemas políticos de participación cada vez más amplia. La crisis de la Argentina, el país con más claros índices de modernidad, mostró la falacia de tales interpretaciones, que ocultaban los caminos "perversos" y los desequilibrios estructurales de un desarrollo desigual y combinado del sistema. También durante algún tiempo la secularización parecía arrinconar gradualmente a las religiones en las áreas primitivas y rurales. Y en eso concidían los análisis de una vertiente marxista mecánica y determinista. Además, como fue notado recientemente, el fenómeno religioso era estudiado por antropólogos, y en menor número por sociólogos, a través de sus aspectos más "exóticos" y minoritarios, y no a partir de las expresiones significativas y amplias de la religiosidad popular. Por esto era visto mucho más con categoría cultural e inclusive estética que como fenómeno político y social de la mayor relevancia (1).

En este contexto la irrupción del Islamismo en la política de los países ára-

bes, ahora fuertemente personalizados en Irán en la persona de Ayatollah Komeiny, tomó medio de sorpresa a nuestros científicos sociales, así como también a los analistas que trabajan en los servicios de información del gobierno norteamericano, muchas veces reclutados entre los de la primera categoría. Y con esos parámetros teóricos también se entiende confusamente el impacto, en América Latina, del viaje del Juan Pablo II.

La comisión de Relaciones Exteriores del Senado norteamericano, en una de sus últimas sesiones de trabajo (Hearings), constató que los organismos de inteligencia del país tenían un desconocimiento "casi absoluto" del Islamismo e "igualmente enorme" de la Iglesia Católica de América Latina. En la ocasión funcionarios del Consejo de Seguridad Nacional, informaron que el presidente Carter ordenó recientemente intensificar las actividades de "estudio y examen" de movimientos religiosos en nuestro región (2). Ya hace algunos años que el relatorio Rockefeller dió especial atención a los ejércitos



y a las Iglesias en el Continente y rápidamente en esa oportunidad la Rand Corporation puso a disposición algunos de sus académicos para estudiar tales instituciones (3). Pero todo indica que a pesar de ese cuidado y de la enorme acumulación de datos que abarrotaron las computadoras de las universidades y de los centros de información, los resultados en términos de una real y efectiva comprensión del problema fueron escasos y decepcionantes.

EL ENCUENTRO DEL PAPA CON EL PUEBLO MEXICANO

Para quien acompañó en México el fenómeno colectivo que se creó con la presencia del Papa, fue posible constatar cómo el mismo fue más allá de los más temerosos pronósticos del gobierno del país. Allí, desde la década del 20, se intentó apagar los vestigios de la religión en la sociedad política, tratando de desconocer, a su vez, su presencia cada vez más fuerte en la sociedad civil. Este último hecho se dió a pesar del esfuerzo de encubrimiento realizado por la incansable y astuta retórica oficial. El resultado fue que se rompieron todas las barreras artificiales, levantadas por la máquina de propaganda del estado, y la población mexicana, en la mayor manifestación colectiva de que se tiene memoria, expresó su fevor religioso a nivel de su sensibilidad real, cargada de devoción popular.

Muchos analistas preocupados con la interpretación ideológica de los textos de los discursos del Papa, a nivel de los iniciados, no percibieron que, más importantes que la discusión de éste o aquel pá-

rrafo, o de las posibles intenciones estratégicas de Juan Pablo II, y por encima y más allá de la comprensión de los discursos, surgía como elemento principal, el simple y enorme hecho social representado por el **impacto popular** de la visita del Papa. El pueblo simple que llenaba las calles y la autopista de México a Puebla, y en buena parte de los millones que lo veían por la televisión, no hacían la exégesis de las palabras -tal vez no siempre las oían y frecuentemente no las entendían- pero percibían y sentían la fuerte presencia de un personaje al mismo tiempo real y mítico, al cual más o menos vagamente asociaban nociones de poder y de justicia.

Y esto es más significativo aún en América Latina después de la desaparición de los grandes líderes populares o populistas -el "tata" Cárdenas, Getulio, Perón- y de un enorme vacío de legitimidad popular de tantos regímenes autoritarios. Una vez más los analistas harán distinciones, buscando separar lo que es el poder temporal del poder religioso o espiritual, lo que es escapismo mesiánico y alienado que se proyecta en el más allá o la potencialidad de lucha o de liberación. La realidad es contradictoria y trae mezcladas muchas cosas diferentes. Probablemente muchos elementos estaban presentes, enfrentándose en la sensibilidad popular.

Sólo un trabajo crítico posterior podrá detectar ambigüedades y aislar los distintos factores. Pero un análisis que no quisiera enredarse de partida en el mundo abstracto de las motivaciones y de las ideologías, debería comenzar por tomar el hecho concreto en que sus raíces reales y más profundas de la conciencia popular. Sobre lo que queremos llamar la atención, es respecto a la **fuerza histórica** del hecho, que antecede y es base para posteriores interpretaciones. Además ese no fue un elemento aislado, ni surgió por casualidad, es consecuencia de la enorme importancia social y política de la Iglesia Católica en el continente. Esta no puede ser vista solamente a partir de sus estructuras institucionales de poder o de autoridad, sino como lugar e importante espacio social de encuentro, reflexión, crítica y organización popular que en ciertos momentos más autoritarios y represivos se convierte en el único lugar en que eso es posible.

El Papa en su encuentro con los sacerdotes, afirmó -y la prensa en seguida dió repercusión a eso- que ellos no eran dirigentes "dirigentes sociales, líderes políticos o funcionarios de un poder temporal", sino "servidores de la fe, administradores y testigos del amor de Cristo a los hombres; amor que no es partidista, que a nadie excluye, aunque se dirija de preferencia al más pobre". Así, el clero tendría una misión que no se debería confundir



con una tarea política en sentido estricto, de participación en los mecanismos de decisión del aparato del estado o de organizaciones partidarias, para responder a una misión más amplia de "servidores del pueblo de Dios", enseñando a los cristianos en general que "se comprometan con la promoción y dignificación del hombre. Pero lo incuestionable es que esa última misión es política, en el sentido más amplio de participación responsable y activa en la vida social.

De la misma manera la presencia del Papa y los contactos que tuvo con tantos sectores sociales no pudieron dejar de representar un hecho político, objetivamente hablando. Ellos irrumpieron en la arena de las actividades públicas y por lo tanto también políticas no sólo de México sino también de toda América Latina e inevitablemente intervinieron en el acontecer político de los países. Así también la Iglesia institucional no puede dejar de ser actor interviniente cada vez que protesta de la violación de los derechos humanos o denuncia las injusticias sociales. Apartarse de esto sería además, una mutilación de su propio mensaje.

Los análisis posteriores deberán de tener en cuenta la fuerza de este impacto, su consecuencia en la vida social y política de la región, las posibilidades nuevas que abre, o las ya existentes que refuerza, así como la responsabilidad de los cristianos desde este punto de vista. En este momento sólo desearía señalar, cómo la presencia del Papa parece haber servido como elemento catalizador de las aspiraciones populares de una vida más humana y una sociedad más justa y de las frustraciones de un sistema político que ahogó en la retórica post-revolucionaria los programas de transformación social, produciéndose una vez más uno de esos movimientos espasmódicos que suceden de tiempo en tiempo en la agitada, intensa y contradictoria vida política mexicana. La posi-

bilidad que tenga este hecho producir resultados duraderos, o ser apenas un momento de inquietud rápidamente absorbido, dependerá de la manera cómo los sectores populares más conscientes y los grupos cristianos más comprometidos sepan sacar lecciones de los hechos para la acción futura.

LAS LECTURAS DE LOS TEXTOS DEL PAPA

Dicho esto ahora es posible en ese contexto más amplio, el contenido mismo de los discursos del Papa: una constatación salta rápidamente a los ojos del observador. Todo parecía estar preparado de antemano para dar una interpretación conservadora a los pronunciamientos. Basta ver la repetición, en los primeros días, de los mismos titulares en los diferentes diarios latinoamericanos, los que se referían a una posible condenación por el Papa de la teología de la liberación, a partir de una supuesta e inverosímil conversación privada, en el avión que lo traía a México, con un periodista anónimo. Había un claro interés en resaltar los aspectos más tradicionales de sus alocuciones, seleccionando cuidadosamente los textos a divulgar. Eso era además normal y previsible dentro de las reglas de la guerra ideológica.

Menos normal y a hasta cierto punto sorprendente fue la reacción de parte de la prensa que se considera progresista y que pasivamente aceptó esta lectura ideológica como "objetiva y verdadera" y, sin recurrir a los textos íntegros, en lugar de descubrir la interpretación parcial, a partir de aquellos análisis, pasó a criticar al Papa, asumiendo y entonces legitimando las conclusiones de los conservadores.

Infelizmente, no es la primera vez que esto ocurre por parte de los apurados comentaristas poco acostumbrados a las trampas de la hermenéutica de los sectores dominantes. La confusión de la prensa europea y americana del norte fue, entonces, asombrosa. Hay que reconocer, entretanto, que los periodistas presentes en Puebla, a medida que pasaban los días y reunían más información, fueron denunciando estos equívocos y el tono de los textos -a veces en oposición a los titulares sensacionalistas o los editoriales conservadores- fue adquiriendo otro tenor. Pero eso comenzó solamente en los últimos días de la estadía del Papa y, principalmente, durante los trabajos de la Conferencia.

La lectura atenta a los textos completos, va mostrando la parcialidad de las primeras citaciones. Así, por ejemplo, se pasó por alto el hecho significativo de que el primer mensaje al llegar a América, en Santo Domingo, se dirigió, prioritariamente, "a los pobres, a los campesinos, a

los enfermos, a los marginados", indicando desde el comienzo, un interlocutor privilegiado (4).

Bastante énfasis se dió al tono cauteloso que apuntaba riesgos, de las dos primeras partes del discurso de apertura de la conferencia y se habló menos de la orientación positiva de la tercera parte, dirigida a los "defensores y promotores de la dignidad humana", violada a nivel individual, social y político (5). Un grupo de teólogos presente en Puebla, y a pedido de algunos Obispos, elaboró rápidamente, para el día siguiente, un documento indicando cómo "las reservas del Papa deben ser comprendidas a partir de lo que afirma positivamente... esto es decisivo para impedir la manipulación de lo dicho por él". (6).

También se hizo poca mención a las dos veces que se refirió al hecho de que la "propiedad privada grava una hipoteca social" (7). Tampoco se dió la importancia que merecía al discurso a los indígenas y campesinos de Oaxaca, cuando dijo que "el Papa quiere ser vuestra voz, la voz de quien no puede hablar, o de quien es silenciado, para ser conciencia de las conciencias, invitación a la acción, para recuperar el tiempo perdido, que es frecuentemente tiempo de sufrimientos prolongados y de esperanzas no satisfechas". O, en el santuario de Zapopan, cuando se unió a los que María proclaman que Dios es el "vindicador de los humildes" y, si fuera el caso, "deponer del trono a los soberbios", citando el canto del Magnificat.

Es verdad también que los mensajes en su conjunto, expresaron un tono más bien contenido y cauteloso, con el objetivo de mantener un cierto equilibrio y evitar desviaciones, lo que hizo tal vez Juan Pablo II desaprovechase la ocasión y el impacto enorme de la visita para dar un mensaje aún más vigoroso de denuncia de las injusticias y una afirmación más incisiva de su real preferencia por los pobres. En el comienzo de su pontificado tal vez le faltaran informaciones más detalladas de la terrible situación social del continente a que se haría alusión días después en el documento final de la conferencia. Los gestos fueron elocuentes, el estilo abierto y comunicativo, pero los textos escritos, aunque mucho más ricos y positivos de lo que algunos quisieron hacer creer, quedaron muy lejos del calor humano y sentido solidario de la presencia del Papa.

Más, tal vez, sea importante tener en cuenta el carácter propio del magisterio eclesialístico. Ya se habló mucho de la dialéctica entre profecía y sacerdocio, entre la iniciativa que irrumpe en las bases y la orientación docente que busca integrar el dinamismo de aquella en el conjunto de la institución. Muchas veces el magisterio está en el origen de nuevos rum-

bos, incentivándolos, pero normalmente su función se realiza en un venir-después, asumiendo y si es necesario, corrigiendo. Refiriéndose a la fuerza y a la violencia del carisma de Francisco de Asís, Chesterton decía que después de él vinieron Papas de mucho menor envergadura que el Santo, pero que tuvieron la ingrata misión de orientar la nueva corriente para el patrimonio común de toda la Iglesia. Muchos se refieren a eso como la recuperación por parte del poder, amenazado por el peligro que representa la novedad. Es posible ver frecuentemente en la historia el esfuerzo por aprisionar y amoldar procesos que brotan con un primer vigor todavía juvenil y anárquico. Parece entre tanto incuestionable que toda institución, para permanecer debe procurar articular las iniciativas con su tradición anterior. El magisterio, en la mayor parte de las veces, está en esa segunda posición. El puede desempeñar un papel negativo si, por tendencia autoritaria, inhibe la creatividad que viene de abajo, pero tiene por otro lado una importante función cuando reconoce la validez de las nuevas direcciones después de un tiempo de experimentación, tal vez con un tono más mesurado del que gustaríamos. Puede inclusive suceder, que por una cierta falta de audacia o exceso de docilidad se espere una palabra de apoyo antes de intentar, en la acción y en la construcción de nuevas prácticas, abrir caminos que irán a recibir futuras aprobaciones que no pueden dejar de llegar con un cierto atraso. Es en ese contexto que se debe situar buena parte de los textos de la autoridad eclesialística, Medellín y Puebla inclusive, con lo que se llega a resaltar cómo estos van más allá de lo esperado y traen además, un cierto tono y calor de profecía.

LA DINAMICA DE LA CONFERENCIA DE PUEBLA

Con el impacto de la presencia del Papa algunos llegaron a creer que la reu-

nión del Celam pasaría a segundo plano. En la sala de prensa se comentó que ciertos Obispos conservadores consideraban que Juan Pablo II ya había definido Puebla y que bastaba tomar su discurso inaugural como documento de la reunión. Merecería un estudio especial, en la línea de lo que se dijo antes, la importancia que tiene en la Iglesia Católica la palabra de su Jefe, lo que causa cierta reacción entre miembros de otras religiones cristianas. Orientaciones que a veces son estimulantes, en varias ocasiones dan la impresión de poseer un carácter inhibitorio.

Pero una lectura cuidadosa de los textos pontificios, muestra que ellos en general tiene un tono más mesurado y cuidadoso que el que aparece a primera vista rápidamente, delante de los mismos, las diversas tendencias en conflicto en la Iglesia se rearticulan, seleccionando en ellos expresiones o frases que le son favorables.

El discurso del Papa fue una referencia necesaria, pero no bloqueó los trabajos. Al definir tareas que señalaba como prioritarias, Juan Pablo II las situó dirigiéndose a los Obispos, "entre tantas otras que vuestra clarividencia pastoral indicará". Luego de esto, un momento decisivo, en seguida del mensaje inaugural, fue el discurso del presidente del Celam, el cardenal Aloísio Lorscheider, que expuso ante la asamblea las grandes líneas de trabajo, indicando que "el grito de esperanza y angustia de nuestro pueblos que sale hasta esta conferencia y pide una respuesta profética, exige el compromiso de la encarnación de la palabra de Dios en nuestra vida y en nuestro anuncio. Y más adelante afirmaba que "lo más urgente es la defensa o la proclamación de la dignidad de la persona humana, la proclamación de los derechos fundamentales de América Latina a la luz de Jesucristo" (9). Así, a pesar de algunos malos presagios, los trabajos se realizaron en un clima de gran libertad. □

- (1) Rubem Alves, "A volta do sagrado: os caminhos da sociologia da religião no Brasil", *Religião e Sociedade*, No. 3, outubro de 1978, p. 109-141.
- (2) Ver el artículo de F. Fernández. "Pide Carter espiar religiosos liberales", *Excelsior*, diario mexicano, 3 de febrero de 1979, p. 1-A y 15-A. Refiriéndose a las instrucciones de Carter señala el periodista: "En el argot de Inteligencia, las palabras "estudio y examen" son eufemismos para infiltración y vigilancia".
- (3) En el mismo año del informe Rockfeller dos investigadores sociales que escribieron sobre los militares en el Brasil y Perú, en trabajo colectivo con otros, trataban también de la Iglesia: Einaudi, Maullin, Stepan y Fleet, *Latin American Institutional Development: the Changing Catholic Church*, The Rand Corporation, 1969.
- (4) Ver el saludo a la llegada en Santo Domingo, día 24 de enero.
- (5) Discurso del Papa al inaugurar los trabajos de la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano (28 de enero).
- (6) *Discurso de Juan Pablo II en la inauguración de la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. Breve comentario de un grupo de teólogos*, texto mimeografiado, s/fecha.
- (7) Las referencias fueron al discurso inaugural (28 de enero) y en el saludo a los indios de Oaxaca e Chiapas (29 de enero).
- (8) Saludo a los indios de Oaxaca e Chiapas y discurso en el santuario de Zapopan (31 de enero).
- (9) D. Aloísio Lorscheider *Relación introductoria a los trabajos de la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*, texto mimeografiado, distribuido por la secretaría de la Conferencia, s/fecha.